

mas que un perpetuo despertador de recuerdos y numerosos memoriales católicos de Dios, de sus atributos, de su accion, de los deberes que prescribe, de las recompensas que promete, y de los castigos con que amenaza. Bajo este punto de vista, es fundamental y necesario; se identifica con la existencia de Dios, con su palabra, con el dogma, en fin; pues es, para el hombre, el único medio de conservarlos: de esta suerte se confunde con la felicidad y la salvacion humanas⁷.

En el fondo, todos los demas deberes del culto,

¹ Los mas célebres protestantes, en Inglaterra, en Alemania y en todas partes, han conocido la eficacia y por consiguiente la necesidad del culto católico. Su belleza es lo que ha subyugado á casi todos los que han vueto al gremio de la verdadera iglesia.

« Bolingbroke (oigamos á Mme Necker y á M. Barere) que nunca habia oido misa, quedó tan entusiasmado de la belleza de esta ceremonia, que en el momento en que el arzobispo alzó la hostia y en que todo el pueblo cayó de rodillas, dijo en alta voz al que tenia á su lado: *Si yo fuera rey, no confiaría á otro ese cargo.* »

Un filósofo, que fué rey, hizo una observacion análoga, saliendo de una solemnidad católica, en Breslau: « Los calvinistas, dijo Federico el Grande, tratan á Dios como á su criado, los luteranos como á su igual: solo los católicos le tratan como á un Dios. »

O testimonium animæ naturaliter CATHOLICÆ!

Yo creo que para gozar uno de los mas bellos espectáculos, acaso el mas bello de la tierra, basta representarse en un grande y hermoso dia de fiesta católica, el dia de Navidad, de Pascua, ó de Todos los Santos, en el momento, en los cantos ó en el silencio del alzar, todas las iglesias del mundo, todos sus sacrificios, todos sus fieles y todo su dios.

sin exceptuar el mas augusto, parecen no tener mas objeto que el de conducirnos al mas necesario de todos¹, al de la confesion de nuestras culpas, á un deber que supone la humildad mas profunda, el arrepentimiento mas absoluto, los mas firmes propósitos de virtud para lo sucesivo; á un deber que no puede hacer mas que ennoblecer al que le desempeña á los ojos del Hombre-Dios (nada decimos de mas) encargado de recibirle y de guardarle bajo el sello de una fidelidad tal, que, por efecto de una fuerza verdaderamente milagrosa, ni aun la mas absoluta apostasia ha ocasionado una sola vez su violacion; á un deber, en fin, sin el cual no podemos ni aun concebir nuestra felicidad íntima y la conciencia de nuestra salvacion.

En cuanto á este deber, dicen que es *arduo*, y lo es en efecto para el padre de todos nuestros crímenes, para el orgullo: esto mismo es su demostracion².

¹ Dos ministros protestantes se pusieron, en una tertulia, á hablar contra la religion católica y á *chasquearse* sobre varios de sus usos. Una señora católica que hasta entonces no habia desplegado sus labios, les dijo riendo: « es menester confesar, señores, que han hecho vms. una reforma admirable: han suprimido vms. la cuaresma, la misa, la confesion, el purgatorio... supriman vms. tambien el infierno y soy de los suyos. »

² Como la sola humildad de la confesion prueba la confesion, la confesion, á su vez, bastaria ella sola para probar la verdad de la comunión católica que la exige, y la falsedad de todas las otras comuniones que la proscriben. Admiten. es cierto, la confesion del hombre á Dios directamente; pero esta confesion, no humillando

La destruccion del orgullo, la paz, la salvacion del hombre, en fin, ¿serán por ventura cosas inferiores á su propia dignidad y á la grandeza del Dios que no se ha desdeñado de crearle?

La Iglesia católica, que se ha mostrado tan escelerentemente maternal en las precauciones que ha tomado para detenernos al borde del abismo, parece serlo mas todavía en las que emplea para sacarnos de él, si hemos tenido la desgracia de caer. « Cuando hemos cometido una culpa (nos dice confundiendo con nosotros), es preciso humillarnos delante de Dios, recobrarnos al punto, y no volver á pensar en ella mas que para confesarla⁷. »

¿Podríamos, cuando hemos cometido una culpa, cuando hemos sido verdugos de los demas ó de nosotros mismos, considerar como un castigo su reconocimiento? Confesar un pecado á Dios, al Hombre-Dios, ó, si se quiere, al Hombre de Dios que sin duda la sabe ya, es simplemente confesar al mismo Dios, en una palabra, no ser ateo. ¿Podría Dios pedirnos menos? ¿podríamos sobre todo hacer menos por él?

Pero, dicen los disidentes, volviendo á la cuestion general de la enseñanza católica del sacerdote, los

al hombre, no ennobleciendo y no haciendo respetar y amar al sacerdote, sin el cual no se puede amar al hombre, es esteril y, por consiguiente, falsa.

⁷ Máximas de San Francisco de Sales.

apóstoles, y el mismo Jesucristo, vestían con suma sencillez, vivían del trabajo de sus manos, habitaban bajo techos de paja, y dormían sobre las piedras; soportaban el peso y el calor del día; no se los veía ni en las cortes ni en el Estado; todos parecían iguales entre sí; enseñaban la religion donde quiera que se hallasen, y sin aparato; la mayor parte de los elementos del culto católico de hoy no se practicaban ó eran diferentes, y aun algunos de sus preceptos no existían, eran mucho menos rigurosos, ó no pasaban de ser meros consejos, etc.

Seguramente⁷. Es una ley universal del mundo que ninguna cosa grande tiene grandes principios. El árbol inmenso que acaba por cubrir con su sombra la casa del Señor, empieza por ser un granito de mostaza; y la Iglesia católica, que se alza hoy sobre las mas grandes monarquías conocidas, y ciñe con sus brazos el universo, la Iglesia, que es la

⁷ Habiéndose encontrado un día Luis XI á Millod de Illiers, obispo de Chartres, montado en una mula que tenía el freno dorado: « Los obispos de los tiempos pasados, le dijo el príncipe, se contentaban con un asno por cabalgadura y con un simple roncal por freno. » — « Es verdad, respondió el prelado, pero entonces los reyes no eran mas que pastores, y ellos mismos guardaban sus ganados. » — El nuncio Alejandro, respondiendo á los que le oponían los ejemplos de la primitiva iglesia, decía también que por esa regla se les podría proponer á los hombres que volviesen á sustentarse de bellotas. — Y Pallavicino que llama á los primeros tiempos de la iglesia, tiempos de persecucion, de padecimiento, de infancia, preguntó á los reformadores si sería razonable volver á la arquitectura gótica y á la música antigua en las iglesias. — Otros tiempos, otras costumbres.

cosa mas grande que existe, no debia sin duda estar esceptuada de la ley comun.

Los medios de gobierno son mas ó menos rigurosos, segun que son mas ó menos graves las pasiones y las necesidades de los hombres. La autoridad, en fin, muda, por la sencillisima razon de que el hombre muda tambien.

¿Y quien osará negar aqui la mudanza?

Hemos hablado de obediencia. La obediencia indigna á nuestros adversarios y aun á nosotros mismos tambien con harta frecuencia: creemos que ofende nuestra dignidad y sin embargo la constituye. La creemos una servidumbre, y sin embargo es la libertad; la consideramos como una desgracia y sin embargo ella sola puede labrar, ella sola labra nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra felicidad.

Cuando practicamos nuestros deberes, á quien obedecemos no es á la Iglesia, no es á la autoridad única, no es sobre todo, á nuestro director individual, sino á Dios en persona; y uno de los mas célebres adversarios de la autoridad única, fué quien dijo que nunca el hombre era mas grande que cuando se humillaba delante de su criador¹.

Y al fin y al cabo, la persona reyestida de esta autoridad única, por muy elevada y poderosa que nos parezca, al mismo tiempo que dicta los deberes no se somete á ellos como el último de los fieles

¹ J. J. Rousseau.

y aun muchas mas rigurosamente, pues tiene que bajar desde mas alto?

Si entre el que manda y el que obedece hubiera un esclavo, ciertamente seria el primero. Todos debemos saberlo (porque todos estamos condenados tambien, por humilde que sea nuestra condicion, á mandar alguna vez), los cuidados son para el amo, la libertad es solo para el subordinado. El poder religioso ó político, como todos los privilegios de la sociedad ó de la naturaleza, la hermosura, el caudal, la gloria están destinados mas bien para el sosiego de los que no los tienen ó el castigo del orgullo de los que los codician, que para la felicidad de los que los poseen. Y es una verdad que solo los niños serian capaces de negar, que los hijos son mas felices que los padres, los criados mas felices que los amos, los pobres mas felices que los ricos, los labradores mas felices que los ministros, y los vasallos mas felices que los reyes.

La obediencia es el principio de la ciencia como el de la felicidad y la salvacion. Los santos, los doctores, los obispos, los grandes reyes y los ministros hábiles, las naciones de la Iglesia católica, tuvieron, nadie podrá negarlo, bastante talento, y no vivieron sin gloria, y en todo tiempo tambien los verdaderos fieles no se han mostrado ni se han creído mas felices entre las grandezas que en los patibulos.

Examínense por su parte nuestros enemigos, en cualquiera posicion social en que se encuentren: podrán en buen hora decir que son felices, pasar por

tales, pero serlo, pero imaginarse siquiera verdaderamente que lo son, ¡eso no!

Y ademas, esos bienes del mundo, que son el objeto querido de nuestros deseos y de nuestros esfuerzos, las riquezas, los honores, la gloria, y aun el ingenio y los placeres de las artes y de la industria¹, la tiara, el trono mismo, son bienes que la Iglesia católica no prohíbe; nos los permite, mas diré, á veces nos impone como un deber el adquirirlos y aun nos los anuncia como *la añadidura del reino de los cielos*: el último de los fieles puede llegar á ser candidato á la santa Sede, un usurpador puede serlo al trono, bajo la sola condicion de recibirlos de la sabiduria de los que los departen, como el precio y la consecuencia de nuestra propia caridad para con ellos; de hacerlos redundar en beneficio de una caridad mas grande, y, como á Dios solo se los debemos, de no consagrarlos á nadie sino á él. La Iglesia en fin, cuando somos ricos ó poderosos á los ojos de los demas, no nos pide mas que una cosa y es que seamos *pobres en espiritu* y pequeños á nuestros propios ojos.

¹ La España no tiene, es cierto, este último ingenio, pero consiste en que es el último. El hombre que conoce su celeste origen, sus grandes deberes y su gran destino, propende naturalmente á desdeñar la especie de inteligencia que no conduce mas que á placeres esencialmente limitados, pues que son sensuales, y de que es tan difícil no abusar. El Español no pide á Dios mas que su *pan cotidiano*; se duerme, como las *aves del cielo*, fiado en la Providencia; es perezoso, porque tiene dignidad: — tiene el defecto de una virtud.

Pero, nos dirán, porque ya no queda mas que esto que decir, los que ejercen esa autoridad única, ese sacerdocio omnipotente que nos presentais como el legislador de los deberes, los que se declaran sus súbditos, los católicos en fin, han violado muchas veces esos deberes y los violan todos los días, al paso que sus adversarios los cumplen con mucha frecuencia. Sin duda, y he aquí la razon: los hombres mejores tienen algo de malo y los mas malos tienen algo de bueno: solamente que la inconsecuencia de los buenos no es necesaria, y lo de los otros si, porque no nos es dado ser enteramente malos sin morir. Hay muchos católicos que son protestantes y acaso algo peor. No puede haber un solo disidente ni aun un solo ateo que no sea hasta cierto punto católico, y esto es lo que hace tan facil y tan comun su retorno á la unidad.

Cuando el católico profesa un error ó comete una culpa, olvida la autoridad que le prohíbe la culpa ó le enseña la verdad, y cuando el disidente ó el filósofo dice la verdad ó practica la virtud, olvida su independencia que le abandona al error ó le permite la mala accion. Ambos son inconsecuentes.

Pero lo malo de los unos no debe imputarse á la autoridad católica, así como lo bueno de los otros no debe atribuirse á su independencia. La verdad y la virtud, donde quiera que se encuentren, son propias de la autoridad única: el error y el crimen no pertenecen mas que á su rival. En otros términos, la *autoridad* es virtuosa, el *hombre* solo es criminal;

y querer una autoridad humana sin crimen individual posible y aun ocurrido alguna vez, es no querer autoridad alguna.

La autoridad católica, como el poder monárquico, la potestad paternal, la municipal y aun la federativa, es por su naturaleza mas preventiva que reparativa: no basta ver los errores y los crímenes que no previene, es menester tomar en cuenta los que logra prevenir. Los unos se cuentan, los otros son innumerables, y como, á diferencia de los primeros, no existen, no es de admirar que los pasemos por alto¹.

Reasumiendo:

Dios es esencialmente bueno con todos los hombres.

Ha querido darles un medio, siempre visible, siempre subsistente, de conocer sus deberes.

Este medio no puede ser otro sino el poder católico ó el sacerdote, con sus atributos y sus deberes esenciales porque no hay mas que él, en este mo-

¹ Hay una última especie de pruebas de la existencia de Dios, de la importancia de los deberes y de la inmortalidad del alma, cuya única sancion posible es el sacerdote católico, que es la prueba por la autoridad de los grandes hombres de todas las épocas y de todos los países. Mas puede hacerse, y mas se hará, que es dar esta prueba por el género humano.

Y la obra, terminada hace mucho tiempo, y que saldrá á luz apenas lo permitan las ocupaciones actuales del autor, se titula: *El Sacerdote en presencia de todos los siglos.*

mento, lo mismo y mejor que nunca, en el universo, cuyas existencia, unidad, gerarquía, accion é influencia son visibles, saltan á la vista de todos, son irresistibles.

Esta autoridad, porque es única y perpetuamente necesaria á la salvacion y aun á la vida del hombre, es esencialmente infalible, cuando le enseña sus derechos y sus deberes, así como su fundamento.

La legitimidad de su existencia y de sus atributos, que se prueba por su necesidad y por su esplendor, se demuestra tambien por los beneficios, tan grandes como irrecusables, de su accion sobre el hombre y la sociedad.

Una sola autoridad, infalible y espiritualmente exclusiva, porque no hay mas que una sola fe.

Una sola fe, porque no hay mas que una sola ley.

Una sola ley, porque no hay mas que un solo bien.

Un solo bien porque no hay mas que una sola verdad, un mismo espíritu, un mismo hombre, una misma sociedad, un papa único para todos, un sacerdote único para un hombre, un mismo sacerdote en el fondo para todos, en todo el universo.

Una sola verdad, un mismo espíritu, un mismo hombre, una misma sociedad, un papa y un sacer-

dote exclusivos, porque no hay mas que un solo Dios¹.

Con toda confianza lo decimos; en esta serie no interrumpida de proposiciones hay, para el lector que la medita con todo detenimiento sin dejar pasar una sola idea, una demostracion de la autoridad única (que ni aun seria posible intentar en favor del sistema de la autoridad universal ó de la autoridad individual que combatimos), exclusiva de toda otra objecion que no sea el ateismo, y ya es llegado el momento en que no puede haber opcion, para un hombre, mas que entre la doctrina de la infalibilidad de una autoridad única y el ateismo, es decir entre la cordura y la insensatez.

Si por ventura esta discusion no pareciese perentoria á las personas, y especialmente á los jóvenes instruidos y á los hombres superiores, á quienes nos hemos atrevido á someterla; si sucediese sobre todo, lo que Dios no permita, que los dejase en la indiferencia con respecto á la Iglesia que mas que nunca desearia atraerlos á costa de su sangre, bajo su proteccion maternal, nos sentiriamos inclinados á creer que nuestra debilidad y acaso nuestro orgullo son la causa de tan triste resultado. Creemos, hoy mas que nunca, que el medio infalible de hacer

¹ Véanse los versículos 4, 5, 6 y 7 del cap. IV de S. Pablo á los Efesios, donde se halla el principio de esta argumentacion.

á los otros ilustrados y virtuosos, es serlo uno mismo; que cuando la verdad encuentra contradictores, la culpa es del que la ha manifestado, y que cuando el hombre tiene enemigos siempre es por culpa suya.

Pero en vano buscarian nuestros enemigos una disculpa para su incredulidad en nuestra insuficiencia ó en su buena fe. ¡No hay que alucinarse! nuestra insuficiencia respectiva solo nos seria imputable á nosotros mismos y no justificaria á nuestros lectores. Para esto, como para todo, nuestra lógica será siempre la misma. Si Dios existe, es justo: si es justo, es bueno; si es bueno, lejos de hacer que el error sea invencible, hace facil su reconocimiento. Aun admitiendo errores actualmente invencibles, debería decirse que han llegado á ser tales por efecto de culpas primeras, es decir, por nuestra voluntad, y en derecho y aun en opinion, siempre seriamos responsables de ellos.

El legislador, el juez, la víctima, nunca han aceptado la escusa de la ignorancia del hombre borracho que ha cometido el crimen y causado el perjuicio, y proverbialmente decimos: *Non culpa vini, sed culpa bibentis*. El vicio habitual (y comunmente es habitual) se comete tambien en una embriaguez, la de las pasiones, cuyo vino bebemos anteriormente, con mas ó menos mala fe y mala voluntad: y esta es la razon sin duda porque el Espiritu Santo, que ciertamente entiende de analogias ó identidades, dice que el hombre en estado de infidelidad acaba por *tragar el crimen como el agua*.

Volver á la unidad católica, es decir, al sacerdote, es el único deber que nos importa en la tierra; el medio de nuestra vida y de nuestra salvación: en fin, *la sola cosa necesaria*:

Porque ES EL MEDIO DE TODAS LAS DEMAS.

¿A qué hora debemos ejecutarle? á la única que nos pertenece y en que todavía tenemos el infierno cerrado bajo nuestros pies y abierto el cielo sobre nuestra cabeza; á la hora en fin que está dando¹, no sea que la siguiente, á la que podríamos remitir este gran deber, sea aquella en que, puestos en presencia de Dios, tengamos que darle cuenta de no haberle cumplido.

El hombre sano y robusto, aun á veinte años (¿qué diremos del anciano con un pie en la sepultura, del militar en el campo del honor ó del duelista en el de la ignominia?) no puede contar con el día siguiente; cree menos en la vida que está

¹ Hay sobre este punto un hecho decisivo, una mecánica elocuente, el reloj *que da los segundos*, cuya rapidez sobrecoje á todos involuntariamente. — En una sociedad bien gobernada debería verse el reloj de *movimiento perpetuo* en todos los tribunales, en todos los consejos y aun en los sitios públicos, al lado de la lámpara inextinguible, en el coro de todas las iglesias, como se ve en el sitio principal de muchas comunidades religiosas.

* Los planetas, el mismo sol, la naturaleza entera, son un giro infinito de celeridades mas infinitas todavía. Y sin ir tan lejos, el cuerpo humano es el foco de una *circulación sangrienta*, la única capaz de hacer temblar al hombre á la vista de la inmensa rapidez de su breve vida, y sobre todo á la idea de la *inmensa rapidez de las consecuencias del bien y del mal* que ha hecho.

sintiendo que en la que desea, aun cuando la teme, y si es preciso, se hace gran poeta para proclamarlo:

¡Sí! de la eternidad allí el imperio
Empezará. En su piélago insondable
Que todo lo devora
Se hundirá el tiempo, como fragil caña:
Pero de él vencedora
Mi ánima inmortal, ilesa y pura,
Hollará de los orbes derruidos
La inmensa sepultura!